



## CRÓNICA DE FIGUERAS

# “El Crist de la Tramuntana”

Por GUSTAVO GARDELLA

Braços en creu damunt la pia fusta,  
Senyor, empareu la closa i el sembrat,  
Doneu el verd exacte al nostre prat  
i mesureu la tramuntana justa  
que eixugi l'herba i no ens espolsi el blat.

CARLES FAGES DE CLIMENT

Hay ambientes que forman por sí mismos, en el ánimo de cualquier observador medianamente atento, curiosas asociaciones de ideas con resultados las más de las veces imprevisibles.

Quien esto escribe ha sido tocado no hace mucho por cierto conjunto de impresiones cuya mezcla —un tanto confusa y desordenada al principio— ha ido tomando cuerpo en una sugerencia que estas páginas han querido amablemente acoger. Puede que entendimientos mejor organizados la consideren lo bastante digna como para cristalizar en realidad, o bien todo lo contrario. A lo peor, no vale la pena plantearla; a lo mejor, sí. Para quien quiera juzgar, hela aquí:

El comienzo nació en una «masía» ampurdanesa. En la pared un papel enmarcado ofreciendo la «Invocació al Crist de la Tramontana», de nuestro entrañable Carlos Fages de Climent. En otro muro de la estancia, una acuarela —cielo y llano, luz y viento— del maestro Ramón Reig. Un calendario exhibía el presente mes de marzo de 1961, que para Figueras conjuga en pocas fechas la Fiesta de la Poesía con la nocturna e impresionante Procesión del Silencio y el sobrecogedor «Sant Crist de la Sang». Un semanario mostraba, sobre la mesilla de centro, las bases de los Juegos Florales de Santa Cruz... Poesía, arte, espiritualidad. Personas y personajes. Alrededor de la casona patriarcal, el Ampurdán entero y un leve soplo del norte que no podía «espolsar el blat» porque el trigo no era todavía más que una promesa verdeante y niña.

Las ideas adquirirían una forma cada vez más palpable: así debe de hacerlo el escultor cuando modela. ¿Dónde está el «Crist de la Tramontana»? No está... No está más que en un papel, ahí en la pared, tras un cristal y un marco. ¿Por qué no ha de surgir, entonces, en medio de la llanura, cara al norte, en el centro de un prado o de un trigal? ¿Por qué no ha de crecer un monumento a la Redención, como crecen y granan el trigo y la hierba bajo el sol y el viento, con la «Invocació» en letras de bronce por peana? ¿O quizás podría constituir la tan suspirada Cruz de Término de Figueras, sobre la ciudad, acogiendo en sus brazos abiertos la tierra y el horizonte hasta el mar?

Sería invocación, plegaria y testimonio. Sería homenaje a Dios, afecto al poeta, estima al escultor, al arquitecto; expiación penitente de todos cuantos hicieran posible la obra con su generosa entrega...

El Ampurdán y Figueras se nos están volviendo demasiado prósperos en lo material. Faltan contrapartidas de espiritualidad viva hecha piedra, que sean presencia y recuerdo a la vez. Cierto, hablar de monumentos cuando hay figuerenses ilustres que esperan en vano el que en justicia se les debe, parece inoportuno. Sólo deja de serlo tratándose de una Cruz. Es al pueblo ampurdanés a quien toca juzgar si vale la pena. Y es menos función de presupuestos que de voluntades en acción. No es ya una ciudad, sino una comarca entera quien podría realizar la idea.

El Señor tiene derecho a un poco de agradecimiento por habernos dado el Ampurdán; quien lo dude, aléjese de él y vuelva al cabo de un tiempo: quedará convencido. La «Invocació» de Carlos Fages exige, por otro lado, algo más que papel impreso. Y han de haber entre nosotros proyectistas y escultores capaces de mostrarse a la altura de las circunstancias. Nos gustaría. Nos gustaría mucho que esta siembra mal esparcida llegara a germinar. Para ello habría que contar en primer lugar con el Señor, pero sin decírselo, puesto que a El se rendiría el homenaje. Lo demás se nos dará por añadidura.